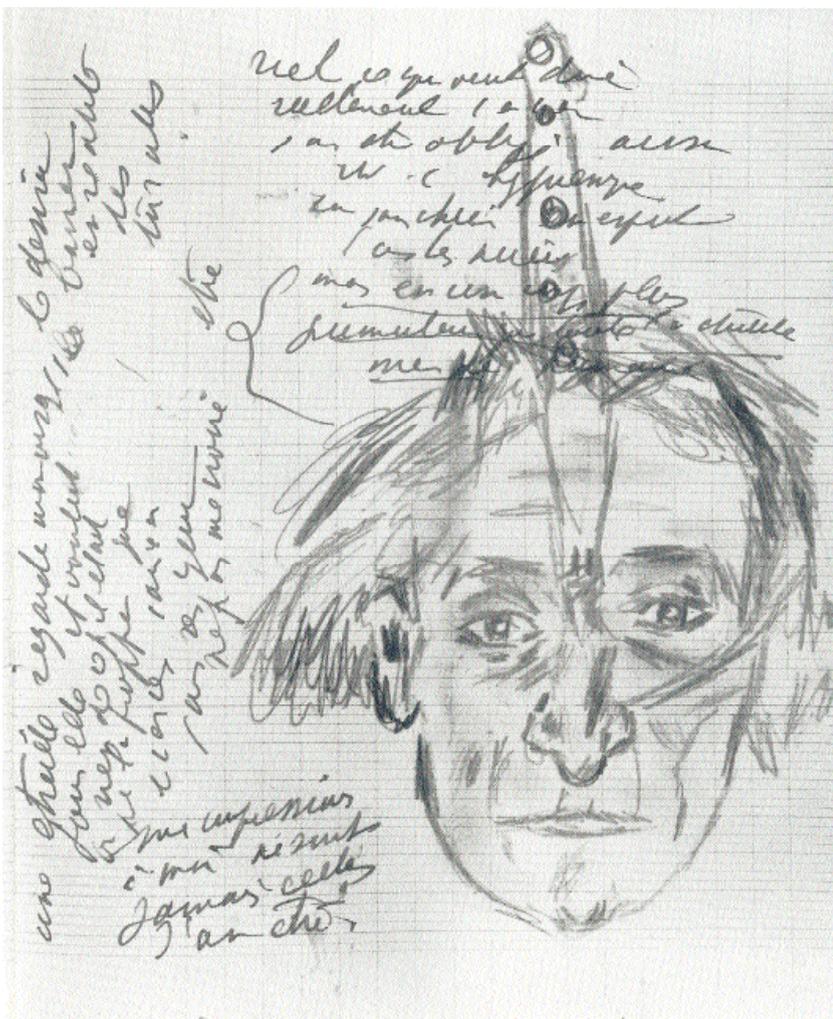


¿A qué vino Artaud a México?

Enrique Flores



Antonin Artaud, *Autorretrato con cuchillo*, 1947

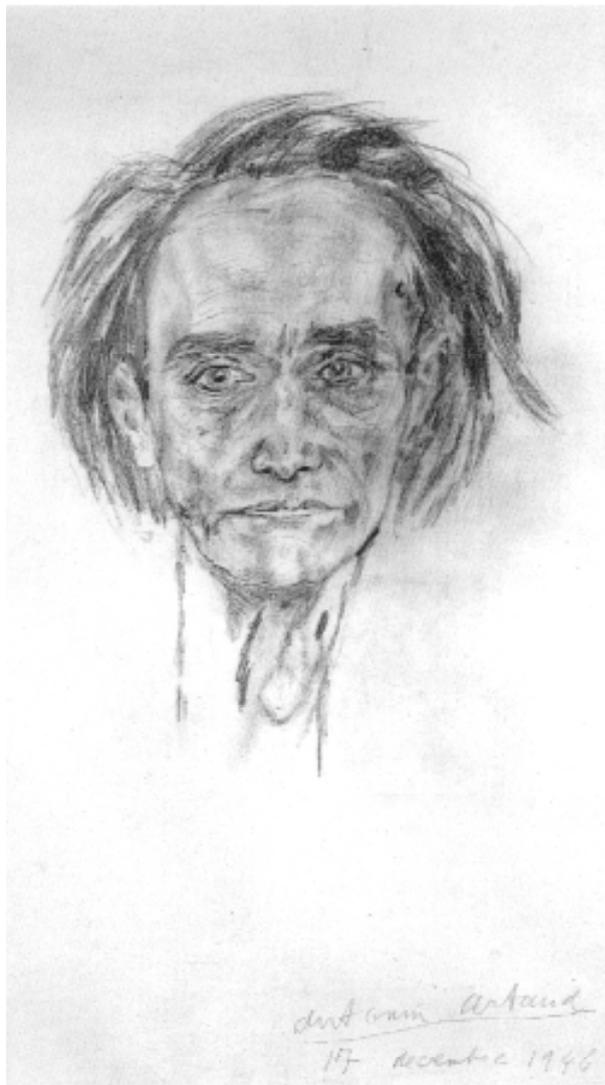
¿Qué fue lo que motivó la visita de Antonin Artaud a México? ¿Fue la magia de una cultura profunda; la fuerza de una raza; el ir y venir de la muerte a la vida de los antiguos mexicanos, o las sonoridades, las respiraciones, los silencios, los ritmos y las voces de la cultura indígena? Enrique Flores —escritor y ensayista— nos relata los motivos del viaje de Artaud en 1936 a nuestro país.

Artaud llegó a México el 7 de febrero de 1936. El 26, el 27 y el 29 de ese mes pronunció tres conferencias en la Escuela Nacional Preparatoria en las cuales esbozaba una pregunta que iba a reiterar en escritos ulteriores y a la que aludía el título de un artículo publicado en julio del mismo año en el periódico *El Nacional*: “Lo que vine a hacer a México”.¹

¿A qué vino Artaud a México? La primera respuesta a esa pregunta surgía, todavía, del “misterio” del surrealismo —una “revuelta” que, según Artaud, se había sumergido en el inconsciente y había generado una “mística oculta”, un “ocultismo de una nueva especie”. Rechazo y violencia eran los dos polos significativos que definían un “estado orgánico”, un “inconsciente físico” —una especie de “exudación” corporal, una “intoxicación del espíritu”. Pero la “revolución” de Artaud no era la del surrealismo —que “se había convertido, él también, en un partido”—: la suya quería sondear la geografía interior, la “cultura profunda” donde brota la “inmaterialidad de la vida”. Y, afirmaba Artaud, “hay lugares predestinados para hacer surgir las fuentes de la vida”, como el Tibet y México; aunque la “antigua cultura de México” no vale sólo para los “cadáveres”: los “sentidos interiores” rompen en ella su barrera. “Hace resucitados”:

Toda verdadera cultura se apoya en la raza y en la sangre. La sangre india de México guarda un antiguo secreto de raza, y antes de que la raza se pierda, pienso que hay que reclamarle la fuerza de ese antiguo secreto (...). Vine a la tierra de México a buscar las bases de una cultura mágica que puede surgir todavía de las fuerzas del suelo indio.²

Hay cuatro palabras que reclaman la atención en esta cita: “raza”, “sangre”, “magia” y “secreto”. Todas ellas provienen de un universo de lecturas esotéricas o herméticas.³ Pero la palabra *sangre* tiene una connotación especial —violenta— que alude al sacrificio humano. Y Artaud viene a México a reclamarle precisamente la



Antonin Artaud, *Autorretrato*, 1946

“fuerza” de ese “antiguo secreto” de *raza* y de *sangre*, depositado en las “fuerzas del suelo indio” que surgen con el *sacrificio*.

La segunda conferencia de Artaud ofrece —desde su título: “El hombre contra el destino”— múltiples puntos de contacto con *La conquête du Mexique*.⁴ Contra la “idolatría” y la “mística” europeas, representadas por el materialismo histórico, y sus *alucinaciones* del espíritu, Artaud apela a la supuesta idolatría de los paganos que “creían en sus sueños”, “en el valor de significación de sus sueños” —no “en las formas soñadas”:

Detrás de sus sueños y gradualmente, los antiguos presentían fuerzas y se sumergían en medio de esas fuerzas. Tenían un sentimiento fulgurante de la presencia de esas fuerzas, y buscaban en su organismo entero, si era preciso a través de un verdadero vértigo, el modo de permanecer en contacto con la fuga de esas fuerzas.

⁴ Cf. “L’Homme contre le destin”. La traducción castellana original puede encontrarse de nuevo en la edición de Schneider. La conferencia fue reseñada en *El Universal* el 29 de febrero y reproducida en cuatro entregas en *El Nacional* entre el 26 de abril y el 17 de mayo.

¹ El texto original francés de estas conferencias fue enviado por Artaud a Jean Paulhan y se conserva, por lo tanto, en copias mecanografiadas. El 21 de mayo de 1936 Artaud le anunciaba a Paulhan la intención de un editor mexicano de publicar, en un volumen titulado *Mensajes revolucionarios*, todos sus textos relativos a “la cultura autóctona de México”, aunque no fue sino hasta 1962 que el poeta Luis Cardoza y Aragón los publicó en un volumen titulado *México*.

² Cf. “Surréalisme et révolution”, primera conferencia de Artaud en México. La traducción castellana original puede encontrarse en la edición de Schneider de las obras mexicanas de Artaud: *México y Viaje al país de los tarahumaras*. Una reseña de este texto apareció en *El Universal* el día 28 de febrero, con alusiones a “los gestos, las actitudes y la entonación del conferenciante”.

³ Cf. Mi análisis de la *antroposofía* esotérica y sacrificial que configura la “Atlántida tarahumara” de Artaud. Un estudio amplio y sistemático sobre el “retorno a los orígenes” y la “unidad de los esoterismos” en Antonin Artaud es el de Monique Borie. Especialmente el capítulo “Mexique et culture synthétique”.

Sólo “la poesía de los poetas” —esa fuerza mágica interna— ofrece un camino a la vida y permite actuar sobre la vida, constituyendo una “poética del pensamiento”. Y es en el espacio teatral donde esas *fuerzas* a las que alude Artaud repetidamente encarnarán los acontecimientos: de ahí la aparición de expresiones que remiten a sus textos sobre el teatro y a *La conquête du Mexique* “gritos”, “vibración” y “armónica de las pasiones”; “grito de la enfermedad”, “estertor”, “epidemia”, “grito del pestífero”; “ruidos”, “temblores de tierra”, “armonías de ruido” y “ruido del acontecimiento”; “ritmo de los estertores”, “temblor de las epidemias”, “ruido de plantas y enfermedades”; “modulaciones del sollozo”. “Toda la tortura humana despedazada por el destino” se expresa a través de esas sonoridades que ayudan a “recontratar el movimiento de la historia” y a “remontar el curso del destino”:

Los juegos antiguos se basaban en este conocimiento que por la acción doma al destino. El teatro antiguo en su totalidad era una guerra contra el destino. Pero, para domar al destino, hay que conocer la naturaleza completa, y en el hombre la conciencia completa, puesta al ritmo de los acontecimientos.

Así volvemos a la pregunta de Artaud acerca de su venida a México, que tiene que ver con la idea de una “cultura unitaria” en la que todas las manifestaciones de la naturaleza vibran al *ritmo* del pensamiento. Porque, según Artaud, es un ignorante el que pretende que hay varias culturas en México —maya, tolteca, azteca, chichimeca, zapoteca, totonaca, tarasca, otomí—, igual que el que diferencia entre el esoterismo musulmán y el brahmánico, el del *Génesis* oculto y el del *Zohar*; y aquí en México, al *Chilam Balam* del *Popol Vuh*:

¿Quién no ve que todos esos esoterismos son los mismos, y quieren en espíritu decir la misma cosa? Indican una misma idea geométrica, numeral, orgánica, armoniosa, oculta, que reconcilia al hombre con la naturaleza y con la vida. Los signos de esos esoterismos son idénticos. Poseen analogías profundas entre sus palabras, sus gestos y sus gritos.

Hay, sin embargo, una diferencia señalada por Artaud que no rompe realmente con ese esoterismo

universal, pero sí ayuda a explicar su venida a México. Me refiero, más allá de la idea de una “cultura unitaria” que justifica teóricamente su viaje, a una práctica como la del teatro o los “juegos antiguos” —y que tiene por finalidad absoluta “domar al destino”. Es la “acción” del *sacrificio*. Y es que, como escribe Artaud, “de todos los esoterismos que existen, el esoterismo mexicano es el último que se apoya en la *sangrè*”.

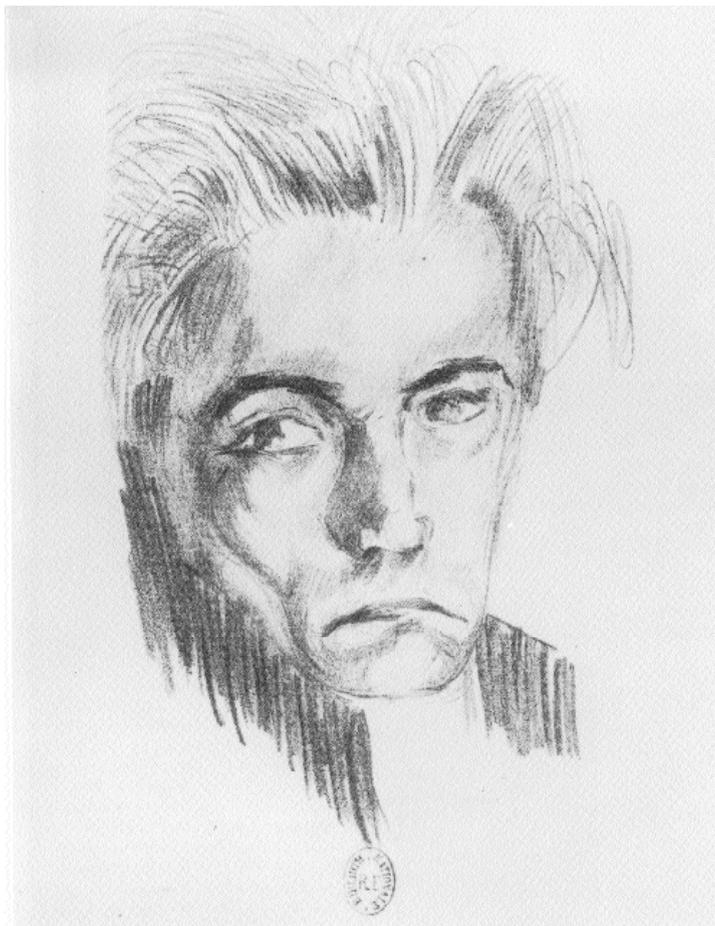
“El teatro y los dioses”, última de las tres conferencias pronunciadas por Artaud, tiene una cercanía aún mayor con *La conquête du Mexique*.⁵ Artaud reivindica, ahí, la idea de una “cultura orgánica”, de “una cultura basada en el espíritu en relación con los órganos”. Y una idea tal de la cultura significa por fuerza hablar de una “cultura en el espacio”: la “cultura de un espíritu que no cesa de respirar y de sentirse vivo en el espacio, y que llama hacia él a los cuerpos del espacio como los objetos mismos de su pensamiento, pero que, en tanto que espíritu, se sitúa *en medio* del espacio, es decir, en su punto muerto”. “La cultura es inseparable de la vida”, añade Artaud, pero el “renacimiento de la vida” es inseparable de la destrucción, la muerte, el *sacrificia*

La cultura es un movimiento del espíritu que va del vacío hacia las formas y de las formas vuelve al vacío, en el vacío como en la muerte. Ser cultivado es quemar las formas, quemar las formas para ganar la vida. Es aprender a mantenerse erguido en el movimiento incesante de formas que se destruye sucesivamente.

“Los antiguos mexicanos”, dice Artaud, “no conocían otra actitud que ese ir y venir de la muerte a la vida”. Y el teatro es el lugar privilegiado de acción de esas fuerzas: el lugar del *sacrificio*. El teatro es “un arte del espacio”, y “creciendo por los cuatro puntos del espacio, se arriesga a tocar la vida”, “el latir de la vida”. Es como la cruz de seis brazos, cuya “oculta geometría”, según Artaud, viene de una “idea mágica”, y se proyecta en los códices mexicanos como espacio ritual y teatral de *otra* escritura, o que niega la escritura y afirma una

⁵ Cf. “Le Théâtre et les dieux”. Una parte de esta conferencia se publicó en *El Nacional* el 24 de mayo de 1936, en una traducción firmada por José Ferrel que aparece en la edición de Schneider. La nota que la acompaña comienza: “Llegó a México, viniendo no se sabe de dónde...”.

Pero Artaud no vino a México a estudiar el sacrificio, sino a adentrarse en sus signos y a someterse a su violencia.



Antonin Artaud, *Autorretrato*, ca. 1924-1926



Antonin Artaud, *Autorretrato*, 1947

escritura alternativa, abierta a la “respiración” de las formas y al vacío —una escritura invisible y cruel que invoca siempre la ceremonia del *sacrificio*:

Para hacer la cruz, el antiguo mexicano se pone en el centro de una especie de vacío, y la cruz crece a su alrededor. No es una cruz para cifrar el espacio, como piensan los sabios de hoy en día; es una cruz para revelar cómo entra la vida en el espacio, cómo reencontrar, desde afuera, en el espacio, el fondo de la vida.

Siempre el vacío, siempre el punto, en torno del cual se espesa la materia.

La cruz de México indica el renacimiento de la vida.

He mirado largamente a los dioses de México en los códices, y me pareció que esos dioses eran sobre todo dioses en el espacio y que la mitología de los códices ocultaba una ciencia del espacio con sus dioses como agujeros de sombras, y sus sombras donde retumbaba la vida.⁶

“Estos dioses”, afirma Artaud, “están en la vida como en un teatro”. Y son las expresiones del *teatro de la crueldad* y *La conquête du Mexique* las que aparecen en

la última conferencia de Artaud, como cuando habla de “el espíritu indio que sabe hacer vibrar la fuerza de los dioses”; o cuando habla de “músicas de fuerzas”, de “una distribución musical de fuerzas” que convoca la “potencia de los dioses”; o cuando habla de “el espacio vibrante de imágenes”, o de “los dioses que salen hacia nosotros por un grito o un rostro”, o del “grito”, que hace pesar a las imágenes “en el espacio en que madura la vida”. Es como si estas conferencias ocultaran un sustrato invisible, que se había manifestado intensamente en las cartas de la *La conquête du Mexique* y que parece haberse desvanecido, aunque sigue latiendo en la *visión* artaudiana de México y su “cultura orgánica” y oculta.

Pero hay algo más, algo que se manifiesta en *La conquête du Mexique* y que, a la vez, la desborda. “Los dioses de México”, afirma Artaud, “muestran cómo el hombre podría salir de sí”: “tienen líneas abiertas, indican todo lo que ha salido, pero ofrecen la manera, al mismo tiempo, de entrar en algo”. A eso vino Artaud a México. Pues, como concluye: “la mitología de México es una mitología abierta”, “es el único lugar de la tierra que nos propone una vida oculta, y la propone en la *superficie de la vida*”.

Entre los meses de mayo y agosto de 1936, Artaud publica una serie de artículos en el *El Nacional*, con la idea de obtener fondos para prolongar su estancia en el

⁶ Sobre la cruz mexicana y el espacio, cf. “Symboles et médiations dans l’espace mexicain”.

país.⁷ Uno de ellos, publicado el 19 de mayo, de carácter completamente distinto a los otros —al grado de presentarse como una auténtica declaración o manifiesto político—, es la “Carta abierta a los gobernadores de los estados”.⁸ Artaud comienza hablando de la “misión” que representa de parte de la Secretaría de Educación Nacional de Francia. Estratégicamente, se trata de abrirse un camino hacia la Sierra Tarahumara, a través de los burocratismos y los cacicazgos de la política nacional, pero de manera *abierto*, desmantelando los discursos que reincorporan la cultura indígena y la hacen perder sentido. Si los ritos y las danzas sagradas de los indios son “la única forma teatral que, en realidad, puede justificarse”, como propone Artaud, habría, por ejemplo, que olvidarse de los discursos de los arqueólogos, que “los han descrito como sabios, es decir, muy mal”, o del discurso de los artistas, que, contrariamente a lo que era de esperar, “los han descrito

como artistas, es decir, peor aún”. A Artaud le interesa *partir* a la sierra, provocar el *viaje iniciático*, “expulsar de los órganos el sueño” “conservar los nervios en un estado de exaltación perpetua”.⁹

En otro texto, titulado “Primer contacto con la Revolución Mexicana” y destinado a pronunciarse en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), Artaud fustiga a la revolución claudicante: “Lo que yo he venido a buscar a la tierra de México es, justamente, un eco o más bien una fuente, una fuente física verdadera de esta fuerza revolucionaria” —y agrega: “Yo pido a la juventud de México, pido a la Revolución Mexicana un esfuerzo que será grande, pero que ha de ser terriblemente eficaz”.¹⁰ “Mexicanos, un esfuerzo más para ser revolucionarios, para ser indios” —dice Camille Dumuolié, aludiendo al grito de Artaud y a la famosa incitación de

⁷ Los artículos fueron recogidos por Luis Cardoza y Aragón en el volumen *México*, de 1962. Schneider los recoge en su edición. Los textos franceses originales no se conservan y se sabe que las traducciones se hacían a última hora, alrededor de una mesa de café, usando a veces una servilleta para escribir. De ahí que los traductores —José Ferrel, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano, Luis Cardoza y Aragón—, en algunos casos comprobables, se alejen por completo del sentido original.

⁸ La carta apareció en *El Nacional* y fue reeditada en la *Revista de la Universidad* en febrero de 1968. No se incluye, por lo tanto, en la edición de Cardoza y Aragón.

⁹ Artaud se sumerge en la burocracia para llegar a la Sierra Tarahumara: “He de agradecer aquí al gobierno de México el haberme permitido tomar contacto con la verdadera cultura de México; y he de agradecer de antemano a los ciudadanos gobernadores de los Estados su ayuda, esperando que se servirán llevarme a todos los lugares en donde la tierra roja de México continúa hablando el mejor lenguaje”. La edición francesa sustituye “hablando el mejor lenguaje” por “parler vraiment son langage”.

¹⁰ El texto fue publicado en *El Nacional* el 3 de junio de 1936. En una carta a Jean Paulhan fechada el 26 de marzo, Artaud hablaba de la conferencia y le anunciaba que hablaría “en contra del marxismo y a favor de la Revolución India que todo el mundo olvida aquí”. Sin embargo, según el testimonio de Luis Cardoza y Aragón, y a pesar de coincidir con el tema del artículo, la conferencia nunca llegó a realizarse.



Antonin Artaud, *Autorretrato*, 1947



Antonin Artaud, *Autorretrato*, 1946

La cultura es un movimiento del espíritu que va del vacío hacia las formas y de las formas vuelve al vacío...

Sade durante la Revolución Francesa: “He ahí el sentido de sus *Mensajes revolucionarios*”.¹¹ Así se va proyectando, o va revelándose, una respuesta a la pregunta de Artaud, pero también una “política” artaudiana:

Habéis de saber, quizá, que en este momento existe en Europa una inmensa fantasmagoría, una especie de alucinación colectiva con respecto a la Revolución de México. Poco falta para que se vea a los actuales mexicanos, revestidos con los trajes de sus ancestros, haciendo realmente sacrificios al sol sobre las escaleras de la pirámide de Teotihuacán (...). En todo caso, se ha oído hablar de grandes reconstrucciones teatrales en esta misma pirámide (...). Esta fantasía circula en los medios intelectuales más avanzados de París. En una palabra, se cree que la Revolución de México es una revolución del alma indígena, una revolución para reconquistar el *alma indígena* tal como existía antes de Cortés.

“Ahora bien”, lanza su tirada Artaud, “no me parece que la juventud revolucionaria de México se cuide mucho del alma indígena”. Su fantasmagoría apenas disfrazada se proyecta más allá de la decepción. Podemos imaginar la cara de los burócratas de la revolución y la cultura al escuchar las palabras de Artaud —palabras que, por cierto, resuenan hoy de manera muy distinta. Y podemos imaginar la ofensa que las exhortaciones de Artaud producirían en los oídos de nuestros liberales, que lo acusarían flagrantemente de “fundamentalista indígena”. Puede decirse, en cierto modo, que Artaud vino a México *para ser sacrificado*, tema elaborado en textos como “La danza del peyote” o “El rito del peyote entre los tarahumaras”, que analizaré en otro trabajo,¹² —y que el “esfuerzo” revolucionario que impulsaba iba por el lado de la vuelta al *sacrificio*, o por lo menos, de su “reconstrucción” teatral— la forma más primitiva y espontánea del *teatro de la crueldad*. Pero se encontró con un obstáculo: “Hay un movimiento antieuropeo en Europa”, señala: “Me temo mucho que haya un movimiento antiindígena en México”.

¹¹ “Mexicains, encore un effort pour être révolutionnaires, pour être Indiens... voilà le sens de ses *Messages révolutionnaires*”. Cf. “L’expérience poétique du Sud”, sobre la política de Artaud.

¹² Cito, bajo la clave *Tarahumaras*, la edición francesa del *Viaje al país de los tarahumaras*, de Artaud.

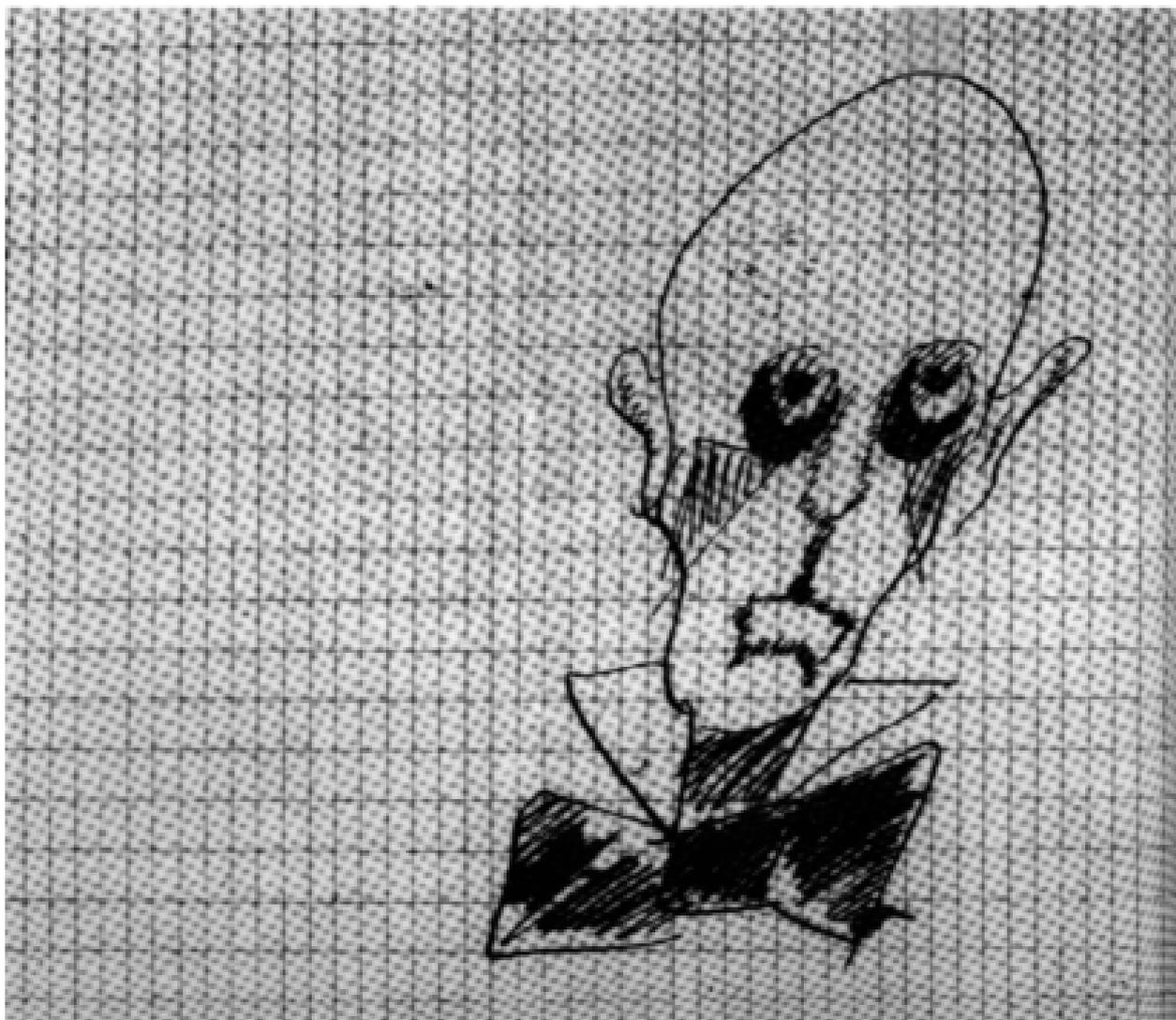
“Lo que vine a hacer a México” es otro artículo de Artaud que reitera la dimensión política y revolucionaria de su viaje.¹³ “He venido a México en busca de políticos”, dice al comenzar, “no de artistas”. Y su aspiración es absoluta: “Se trata nada menos que de romper con el espíritu de todo un mundo, y de reemplazar una civilización con otra”. “México, que ha hecho dos o tres revoluciones en un siglo”, asegura Artaud, “no tiene por qué temer una más”, y su posibilidad radica en que “su estructura política sutil (...) no ha cambiado desde los tiempos de Moctezuma”. La *clave* de esta revolución se encuentra en las “antiguas relaciones *ánimicas* del hombre y la naturaleza”, o en las “fuerzas analógicas” que asocian al “organismo del hombre” con el “organismo de la naturaleza” —y estas correspondencias se descubren siempre en el *Popol Vuh*. Pero aquí hablamos de un *Popol Vuh* esotérico, teñido de alquimia y pitagorismo, que afirma que el hombre es el “catalizador” del universo y que las fuerzas morales del hombre “vibran” de acuerdo con las fuerzas del universo. Y al mismo tiempo, la imagen de la cruz en el espacio nos devuelve al Teatro de la Crueldad, a esa estructura ritual y poética que abre el espacio del sacrificio del toro en “El rito de los reyes de la Atlántida”:

La cruz de Palenque contiene justamente la imagen de esta doble acción. Hay allí inscrita en la piedra la representación jeroglífica de una energía única que va del hombre al animal y a las plantas, a través de la cruz del espacio, es decir, a través de los cuatro puntos cardinales.

“La cultura eterna de México”, último artículo de Artaud al que es preciso referirse aquí, comienza como un poema escrito años más tarde: “He venido a México para entrar en contacto con la tierra roja”.¹⁴ En ese texto Artaud comienza por afirmar que conoce casi todo lo que enseña la historia sobre las diversas “razas” de México, y confiesa, como poeta, que ha *soñado* lo que la historia no enseña: un “margen inmenso” separa a esos

¹³ El texto fue publicado en *El Nacional* el 5 de julio de 1936. La pregunta de Artaud *ritma* sus artículos previos al viaje a la Sierra Tarahumara y les insufla la unidad profunda expresada en un título que —como afirma Camille Dumoulié— no tiene nada de casual ni de retórico: *Mensajes revolucionarios*.

¹⁴ El artículo se publicó en *El Nacional* el 13 de julio de 1936. El poema se llama *La culture indienne* y comienza así: “Je suis venu au Mexique prendre contact avec la Terre Rouge”.



Antonin Artaud, *Autorretrato*, 1923

hechos de la *vida real*, y en ese margen es donde pueden actuar libremente la imaginación y la “adivinación”.¹⁵ Para Artaud, “México se encuentra en el camino del sol”, y había que perseguir, precisamente, “el secreto de aquella fuerza de luz que hacía girar las pirámides sobre su base, hasta situarlas en la línea de atracción magnética del sol”. Las figuras trazadas por Artaud tienen, obviamente, una raíz esotérica y neoplatónica, con los mitos y ritos solares como referentes simbólicos —más oníricos que experimentales, pero que nos exponen, interiormente, al ritual del *sacrificio* y a la experiencia *chamánica*.

El sol, para usar el antiguo lenguaje de los símbolos, aparece como el mantenedor de la vida. No es solamente el elemento fecundante, el soberano provocador de la germinación. Es todo eso, madura lo que existe, pero estas, si se puede decir, la menor de sus facultades. Quemar, consume, calcina, elimina, pero no destruye todo lo que suprime. Mantiene la eternidad de las fuerzas por medio

¹⁵ La “retranscripción” francesa de Marie Dézon y Philippe Sollers se muestra cauta ante la versión del traductor mexicano: en vez de “adivinación individual” propone “intuition personnelle”.

de las cuales la vida se conserva bajo el amontonamiento de la destrucción y merced a la destrucción misma.

“La destrucción es transformadora”, dice Artaud. Y habla de Shiva, “el destructor”, cuyos adoradores “tienen por emblema el espíritu del fuego, la gran corriente devoradora de formas” —pero también del *secreto* de la “cultura eterna” de México, que postula que “el sol es un principio de muerte y no un principio de vida”. La visión de Artaud no es ajena, a pesar de su formulación esotérica, a la economía del sacrificio humano entre los aztecas que sistematiza Christian Du verger en *La flor letal*. Pero Artaud no vino a México a estudiar el sacrificio, sino a adentrarse en sus signos y a someterse a su violencia. “El fondo mismo de la antigua cultura solar consiste en haber señalado la supremacía de la muerte”:

Realizar la supremacía de la muerte no equivale a inutilizar la vida presente. Es poner la vida presente en su lugar, hacerla cabalgar sobre varios planos a la vez (...). He venido a buscar en el México moderno la supervivencia de estas nociones o a esperar su resurrección. **U**